

Mente Expresa de la Cámara sobre el Clima y Nuestra Vocación en Cristo Acción Realizada 80ª Convención General de la Iglesia Episcopal

Dios es la fuente de toda la creación, y nosotros dependemos de la creación de Dios para mantener nuestra vida en común. Hemos sido creados como parte de esa creación y hemos sido invitados a representar el cuidado vital de Dios sobre la tierra y a estar en comunión con nuestro Creador, a cuya imagen hemos sido creados. Esta es nuestra primera vocación, explicitada en el primer capítulo del primer libro de la Biblia: junto con Dios, junto con los demás, cuidamos del mundo de Dios.

Sólo somos plenamente humanos y estamos plenamente vivos cuando nos relacionamos correctamente con todo el orden creado. Separados de los demás y de la naturaleza, no somos nosotros mismos. No es de extrañar que una vez que Adán y Eva se rindieron a la tentación y trataron de apoderarse del conocimiento divino, de idolatrar y centrar el yo por encima de todo lo demás, toda la creación comenzó a sufrir, y la humanidad junto con ella. El pecado fluyó en el distanciamiento, el exilio y, finalmente, el asesinato y la muerte.

Este antiguo patrón es el nuestro hoy. Ansiamos y acaparamos lo que no necesitamos. Tomamos y agarramos lo que no nos pertenece. Agobiamos y dominamos lo que debería ser libre. Como resultado, el planeta y nuestros vecinos más vulnerables sufren. Esto es consecuencia de nuestra incapacidad, como seres humanos, de vivir a imagen y semejanza de Dios.

El cambio climático y la degradación del medio ambiente son manifestaciones de nuestro alejamiento de Dios. Todos los ámbitos de la justicia empeoran o mejoran en función de la salud del planeta. Un clima cambiante y un medio ambiente degradado empeoran los conflictos, obligan a la migración humana y provocan inseguridad alimentaria. Estas crisis relacionadas empeoran la violencia armada, provocan más desastres naturales y crisis humanitarias, y perjudican a quienes ya sufren el racismo. Las personas que viven en la pobreza se ven aún más sumidas en ella por el deterioro del planeta.

No estamos sin esperanza, pero ahora es el momento de cambiar. Enfrentarse al cambio climático y a la degradación del medio ambiente nunca ha sido tan urgente. Como miembros de la Iglesia Episcopal, nos hemos comprometido en el bautismo a resistir el mal, buscar la voluntad de Dios, tratar a todas las personas con dignidad y luchar por la justicia y la paz. Para ello, debemos afrontar la crisis climática.

Si esperamos tratar a todos los migrantes con dignidad, debemos abordar el cambio climático para que las sequías, las inundaciones y las condiciones meteorológicas extremas no obliguen a la gente a huir.

Si esperamos construir la paz, debemos abordar el cambio climático para que la competencia por los escasos recursos no impulse más violencia.

Si esperamos garantizar que todos los hijos de Dios tengan suficiente comida, debemos abordar el cambio climático para que nuestra generosa tierra pueda seguir apoyando y sosteniendo sistemas alimentarios que nutran a las personas y a la tierra.

Hemos dicho que somos un pueblo de esperanza. ¿Dónde encontramos la esperanza que sostiene, que disipa el miedo, que nos da el valor de amar y perseverar? Encontramos la esperanza en el poder y la realidad de la Resurrección. Después de enterrar a Jesús, en la oscuridad antes del amanecer, María no podía ver la esperanza presente. Estaba desesperada, sin esperanza. Entonces salió del sepulcro y encontró a Jesús esperando en el huerto, dispuesto a convertir su luto en esperanza de resurrección. Desde el huerto, corrió a proclamar la buena noticia a los confundidos y aterrizados seguidores de Jesús.

Y así es para muchos de nosotros hoy. Ante el empeoramiento de los fenómenos meteorológicos extremos y otras pruebas dramáticas del cambio climático, muchos del pueblo de Dios -especialmente nuestros hijos- están desesperados. Cristo resucitado, el jardinero original de la Buena Noticia, nuestro Buen Pastor, espera para llenarnos de poder de resurrección. Nos espera para enviarnos diciendo: "Id al mundo y predicad la buena nueva a la creación" (Marcos 16:15). Vamos a predicar esa buena noticia y a infundir esperanza, comprendiendo que la Nueva Creación no se limita a la humanidad. Está destinada a la innumerable creación que Dios ama.

Nuestra proclamación a toda la creación debe plasmarse en nuestras acciones. Creando "Jardines de la Buena Nueva"; instalando paneles solares en las propiedades de las iglesias; acogiendo programas de transición para los mineros del carbón que necesitan ayuda para adaptarse a una economía cambiante; limpiando en puntos tóxicos, como Flint, Michigan; ayudando a eliminar el terror de la inseguridad alimentaria; reservando tierras para la restauración de ecosistemas dañados; plantar árboles, manglares, pastos de pradera; abogar por el cambio de políticas; transformar fundamentalmente nuestra forma de vida de una centrada en el yo a una centrada en el florecimiento de toda la creación - de estas maneras y muchas más, podemos seguir la llamada de Jesús a "predicar buenas noticias a la creación". De estas maneras y de muchas más, abrazamos la vocación original que Dios nos dio, de cuidar juntos el mundo que Dios hizo.

Trabajemos juntos para restaurar y cuidar la creación y nuestra humanidad colectiva, para que todos puedan caminar con Dios en una creación redimida. Esta es nuestra esperanza.

Cerramos con una oración de la Reunión de la Cámara de Obispos y Cónyuges de 2017 en Fairbanks, Alaska:

*Querido Dios, Creador de la tierra, este hogar sagrado que compartimos;
Danos nuevos ojos para ver la belleza que nos rodea y para proteger las maravillas de la creación.
Danos nuevos brazos para abrazar a los extraños entre nosotros y conocerlos como familia.
Danos nuevos oídos para escuchar y comprender a los que viven de la tierra y el mar,
y para escuchar y comprender a los que extraen sus recursos.
Danos nuevos corazones para reconocer la ruptura en nuestras comunidades
y para curar las heridas que hemos infligido.
Danos nuevas manos para servir a la tierra y a sus gentes y para dar forma a la querida
comunidad. Porque tú eres el que busca a los perdidos, cura nuestras heridas y nos libera,
Y es en el nombre de Jesús el Cristo que oramos. Amén.*